Desaparece el iniciador del "realismo social", que había obtenido los principales premios literarios españoles

Jesús Fernández Santos, autor de "Los bravos", fallece a los 61 años tras una larga enfermedad

Madrid. (Lid-«La Vanguardia» y Efe.) – Jesús Fernández Santos, escritor y director cinematográfico, falleció ayer a los 61 años, después de varios años de luchar con una enfermedad hepática. Perteneciente al grupo de narradores de los años 50 cuya obra se encuadró en el llamado "realismo social", el escritor evolucionó luego hacia la novela histórica.

Fernández Santos comenzó a ser conocido al publicar "Los bravos", novela que abrió el camino al "realismo social" en nuestro país, y trabajos como "Extramuros", "Jaque a la dama" y otros le proporcionaron algunos de los principales premios literarios que se convocan en España, incluido el Nacional de Literatura y el Planeta. Su vida se debatió entre dos pasiones: la pluma, que demostró dominar perfectamente, y el cine, aunque siempre prefirió la palabra escrita.

Nacido en 1926 en una familia oriunda de la montaña leonesa, se licenció en filosofía y letras en la Universidad Complutense, donde coincidió con Aldecoa, Sánchez Ferlosio, Sastre y Paso, entre otros. Todos ellos frecuentaban la tertulia literaria del Café Gijón y redactaron la "Revista Española", en la que Fernández Santos publicó su primer cuento, "Cabeza rapada".

PEREZ DE ROZAS

El cine fue la segunda gran pasión de Fernández Santos, que realizó un centenar de documentales

Influencias

Intervino también como director y autor en el Teatro Español Universitario, y tuvo alguna participación en el efímero "Teatro de Agitación Social" (TAS). Cursó estudios de cine en la Escuela Oficial de Madrid.

En su primera etapa de "realismo social" publicó también "La hoguera" y "El hombre de los santos", obras que supusieron una novedad, ancladas en la más firme tradición clásica europea, tamizada por los avatares del siglo XX. Sobre su novela "Los bravos", Fernández Santos declaró en alguna ocasión que cuando la escribió estaba influido por la narrativa americana, especialmente Faulkner, y la novela de la "generación perdida". Aunque también reconoció la influencia de Baroja y los escritores italianos. Esta última se traducía en imágenes en la atracción hacia el neorrealismo cinematográfico de los 50.

El mundo de la imagen fue su afición desde muy joven, al principio como espectador y más tarde como realizador, poniéndose detrás de la cámara en más de cien ocasiones para dirigir documentales cortos y un "largo": "Llegar a más". Esa afición le apartó de la literatura durante cuatro años, entre 1960 y 1964, cuando rodó su único "largo".

Pero si siempre se declaró admirador del cine, su verdadera pasión fue la literatura. Tras la etapa "social", el escritor inició un periodo de acercamiento al hombre a través de la historia con "Extramuros" (Premio Nacional de Literatura 1979), a la que siguieron "Cabrera" (1981), "Jaque a la dama" (Premio Planeta 1982), "Los jinetes del alba" (1984) y "El Griego" (1985, Premio Ateneo de Sevilla), en torno al mundo pictórico de El Greco, artista sobre el que también realizó un documental, premiado en Venecia.

La novela "Extramuros" fue creada a partir de un guión cinematográfico, y posteriormente llevada al cine por Miguel Picazo con el mismo título.

Final de obra, final de vida

Obligado ahora por las circunstancias a volver la mirada sobre la obra de Jesús Fernández Santos para un veloz repaso, me doy cuenta de la necesidad de distinguir en ella dos etapas sucesivas: la primera lo sitúa claramente en la llamada –para entendernos– "generación del medio siglo", a la que pertenecen entre otros Luis Martín Santos, Ignacio Aldecoa, Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaite, Ana María Matute, Caballero Bonald, etcétera. Componen el grupo generacional de los que nacidos en los años veinte, se dan a conocer al final de la posguerra y eligen como meta transcribir en sus novelas la realidad social e histórica de la época. Asumen una forma de compromiso político muy del momento, ligado con la tendencia neorrealista en auge en el resto de Europa, apenas recuperada del trauma de la guerra.

La primera novela de Fernández Santos, "Los bravos" (1954), por su temática y composición, se inscribe sin duda en esta temática eminentemente testimonial. Lo mismo cabe decir de la siguiente, "En la hoguera" (1957). Pero sólo un año después, con "El hombre de los santos", se desmarca ya de la identificación social para interesarse por las oscuras zonas del intimismo. Ahí es donde se inicia la segunda y para mí más intensa aventura literaria de Fernández Santos. Al interés por reflejar el entorno hostil de los personajes, lo sustituye la atención por los conflictos y tensiones internas de esos personajes que los conducen al aislamiento, a la soledad, y a colisionar en su progresiva asunción de la lucidez y la libertad con las normas establecidas.

Obsesiva preocupación

Eso es lo que se insinúa ya en la estructura de "Laberintos" (1964), donde pese a ser una tajante crítica de las formas de vida de la burguesía y de su irresponsabilidad social, lo que en realidad predomina en el punto de vista del novelista son las colisiones que se suscitan en el fondo de cada uno de los personajes a causa de su dependencia de los fenómenos externos. Todos ellos están limitados por el medio y no pueden escapar de sus consecuencias. Una obsesiva preocupación que Fernández Santos desarrollará, en diversidad de registros, hasta hacernos sentir literalmente la asfixia de la impotencia.

En adelante, la imaginación liberada del novelista ya no precisará de la actualidad para indagar en los problemas esenciales de la criatura humana. En todo tiempo y lugar son idénticos. El dolor y el fracaso también son los mismos y la conclusión no puede sino manifestarse pesimista. Así "Libro de la memoria de las cosas" (1971) se sitúa en una comunidad protestante, en la Edad Media "Lo que no tiene nombre" (1977), "Extramuros" (1978) en el ámbito cerrado de un convento de monjas en pleno Siglo de Oro, y "Cabrera" (1981) en la época de la Guerra de la Independencia.

Esa notable evolución que es algo menos evidente en algunos de sus mejores libros de relatos, se produce en Fernández Santos de una manera fluida, casi diría que natural a impulsos de su propia dinámica interna. Sin embargo, lo alejó del compacto grupo de origen para emplazarlo en el centro de un paraje solitario. En ocasiones, esa soledad de quien es a la vez rey y súbdito en su territorio, se ha vuelto incómoda para Fernández Santos y le ha supuesto una cierta marginalidad. Por fortuna, trató en cierto modo de contrarrestarlo con su tesón de escritor profesional, ofreciendo una tras otra sus novelas y relatos siempre sólidos, de gran flexibilidad formal, ahondando persistentemente en sus temas recurrentes y configurando en suma un bloque creador homogéneo, de tonos y modos muy personales, sin apenas fisuras.

En su penúltima novela, "Jaque a la dama" (1982), la reflexión del protagonista giraba en torno a una idea que en las páginas de Fernández Santos había ido adquiriendo lentamente carta de naturaleza. La penosa idea del agostamiento moral y físico como sinónimo de muerte. Simultáneamente, el lector tenía la impresión que al mismo novelista le quedaba ya poco nuevo que decir. Fernández Santos había explorado los fundamentos de su mundo hasta el último rincón y sólo le quedaba mostrarse reiterativo. Se hallaba prisionero en un espacio cerrado, su vena creadora parecía ser víctima de la fatiga y no había resquicio por el que deslizarse al encuentro de una luz renovadora. Probablemente su ciclo narrativo había alcanzado la cúpula. Lo que significaba la muerte por consunción. Y justo en este momento el final de la vida ha llegado para Jesús Fernández Santos de la mano puntual del destino, como si fuese el personaje de un guión determinista escrito y realizado por el maestro Bergman.

ROBERT SALADRIGAS

Creador de seres en crítica disyuntiva

De mi coetáneo el extremeño Antonio Rodríguez Moñino, sabio y depurado –esto por sancionado, que no por finolis– antes de que su gran labor investigadora y de bibliógrafo de nuestros grandes siglos se viese obligado a desarrollar allá del mar, plantó en España dos picas importantes: la cuidada edición que raros cancionerillos quinientistas –"Dança de galanes", "Espejo de enamorados", "Vergel de amores"– dispensados en ediciones numeradas con la colaboración tipográfica de la que sería –valenciana entonces– la luego alabada Editorial Castalia de Amparo Soler; y la "Revista Española", que desde primavera del 53 a la del 54 abrió cauce a una serie de jóvenes narradores y teatrantes como Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen Martín Gaite, Ignacio Aldecoa y Josefina Rodríguez, Alfonso Paso y Alfonso Sastre, Medardo Fraile, Alonso Zamora Vicente. Y por supuesto, Jesús Fernández Santos. Grosso modo, la que se llamaría innovadora generación de los años cincuenta, dejando a un lado el no desdeñable apéndice barcelonés de los Matute, Goytisolo, etcétera. Aunque tampoco la otra, anécdota de las tertulias en el Café Gijón aparte, fuera estrictamente madrileña si los unos venían de Salamanca, otro tenía raíz en la episcopal Coria y nuestro Fernández Santos, aunque nacido en Madrid, era leonés por sangre, y formación y querencias.

Leonés del viejo reino lo ha sido prácticamente en toda su obra narrativa Jesús Fernández Santos. Y arranque, por lo demás, de una lucida serie de narradores en que lo leonés es determinante: el propio Juan Benet, José María Merino, Luis Mateo Díez, Juan P. Aparicio, por destacar alguno. Arranque también de un realismo objetivo, no le llamemos social, en razón de esa misma independencia insobornable de Fernández Santos, de su militante alejamiento de modas y oportunismos, de su talante literario consecuente con la más rabiosa honestidad objetiva. Realismo objetivo que tiene su primera y magistral muestra en el temprano "Cabeza rapada", uno de los cuentos del volumen que le valdría luego el premio de la Crítica. Y más en esa obra maestra que es "Los bravos", que en el jurado del premio Nadal no conseguimos sacar adelante porque a algunos de nuestros compañeros se les antojaba demasiado corta, y que acabaría editando el consabido Moñino en la valenciana Castalia.

El autor, en su juventud

En puridad, no creo que "Los bravos" fuese mucho más corto que "El Jarama" de Ferlosio, que pocos años después premiamos por unanimidad. Pero éstas son quiebras de la vida literaria, y en definitiva Fernández Santos fue premio Nadal con otra obra clave: el "Libro de la memoria de las cosas", donde el usado personaje colectivo reside en la minúscula colectividad protestante de Hermanos de Plymouth, olvidada desde hace un siglo en el pardo valle de Jamuz. No estoy haciendo un recuento de sus premios, tantos –Gabriel Miró, Fastenrath, Nacional de Literatura, Planeta– que a buen seguro se me olvida alguno, y más cuando para este escritor por pasión y vocación lo importante era no dar descanso al magín, a situarse en el interior de los otros, y más si olvidados, a convertirse en un personaje más, y no el faraute, de sus libros.

Le estoy viendo de cabello y ojos castaños tras los cristales despistadores, morena palidez de piel, aire nervioso y tímido, sobrio, no sin cierta ironía escéptica y siempre en vigilada, vigilante y un tanto dolorida alerta. Lúcido, por supuesto, agudo, acogedor –siquiera conmigo–, muy cordial, entrañablemente humano, por intensamente compenetrado con la vida de su pueblo. Esa atención suya al documento, ese penetrante mirar, dirías esa memoria visual que de tanto le ha servido en su otra dedicación: la cinematografía, un campo en que nos ha dado documentales inolvidables sobre Toledo, El Greco, Goya, y que llevándole a lo largo y a lo ancho de la España menos frecuentada, le brindó también material para su obra de escritor, en definitiva la que ponía por encima.

Incorporando, esto es, a la escritura una sensibilidad visual y una larga experiencia con la cámara y sus encuadres que se extiende desde el mundo mágico y cerrado de los conventos y museos hasta la vida "libre" y dura de los pueblos perdidos. "Las catedrales", "El hombre de los santos", "Paraíso encerrado", "Extramuros", "Cabrera"... títulos que bastan para traer en vivo los trazos de este ser cogitante y en perpetua duda, de este amigo de presentarnos seres en crítica disyuntiva, empeñados ellos en poner nuevamente en marcha un pasado que ya no será igual, condenados a la certidumbre de la soledad, ese poso amargo que a todos nos sustenta. Gran e irrepetible Jesús.

JUAN RAMÓN MASOLIVER

FOTO PRES 1988

SEU CENTRAL DE LA CAIXA DE PENSIONS
Avinguda Diagonal, 621-629 Barcelona

Del 20 de maig al 10 de juliol

Feiners d'11 a 14 i de 16 a 20 h.
Festius d'11 a 14 h.

Servei d'Informació de la Fundació Caixa de Pensions
Tel.: 317 57 57

FUNDACIÓ CAIXA DE PENSIONS

ENTITAT METROPOLITANA DEL TRANSPORT

Anunci Concurs Públic

Explotació del Servei Públic de Transport col.lectiu de viatgers del municpi de l'Hospitalet de Llobregat

Termini del contracte: 10 anys

Fiança provisional: 300.000,— Pta.

Termini presentació de pliques: 11 hores del dia 10 de juny de 1988

Obertura de pliques: 12 hores del dia 13 de juny de 1988

Presentació de pliques: Negociat de Contractació - carrer 62, número 420, 5ª planta - Edifici A - Zona Franca - 08004 BARCELONA

Dates publicacions oficials: BOE nº 112, 10.05.88 - BOP nº 115, 13.05.88 i DOG nº 992, 16.05.88